

mente treinta millones de hombres, que como los antiguos tebanos han nacido de los dientes de un dragón y salido enteramente armados del seno de la tierra.

Hemos conservado esas cartas de los soberanos: testimonio irrecusable de la apreciación de nuestros trabajos y monumento de nuestros servicios: tales documentos deben imponer silencio á cierta clase de enemigos, así como dar satisfactoria explicación á nuestros adversarios acerca de la guerra de España. Mas dejando aparte esas consideraciones preferiríamos haber recibido de Enrique IV el siguiente billete, cuyo original obra en nuestro poder.

«Señor limosnero, me congratulo con vos de que os hayais casado: ya no podeis volver á decir que andáis en amores, pues no es decente que un casado tenga querida. Por esa razón me abstengo yo de tenerla y aconsejo á todos mis servidores que hagan lo mismo: creereis lo que os acomode; pero tened presente que á vos mas que á nadie rogare que observeis esa conducta. Tengo deseos de veros y tambien á vuestro primo. Adios, amigo mio. Conservadme siempre vuestro afecto.

Vuestro sincero y constante amigo,

ENRIQUE.»

El Barnés no usaba el tono de seriedad que usan los ilustres potentados que nos han escrito: aquel rey se burlaba de sí mismo, de sus ligerezas y de sus coronas.

CARTAS DE LOS REYES Y MINISTROS.

*El emperador Alejandro á M. de Chateaubriand.*

Vosnesensk 16-28 octubre 1825.

Vuestro correo, señor vizconde, me ha entregado en medio de mi viaje una carta, por la cual habeis tenido la complacencia de anunciarme la feliz emancipación del rey de España y de toda su familia. Recibid mis mas expresivas felicitaciones y encargaos de presentarlas al rey, vuestro augusto dueño: recoja el fruto de su generosa política. El reinado del crimen ha pasado; la España se ve salvada y el Portugal devuelto al saludable imperio de la legitimidad. Aliviar las miserias de los otros será siempre una de las mas bellas prerogativas que la providencia divina puede concedernos en este mundo. Su Magestad Cristianísima la está ejerciendo en estos momentos. El cielo ha querido darle esa recompensa. Habeis contribuido poderosamente á esos resultados y vuestros talentos y esfuerzos no podian alcanzar premio mas digno.

Me aprovecho con verdadero placer de esta ocasion, señor vizconde, para reiteraros la seguridad de mi alto aprecio,

ALEJANDRO.

*El rey Federico Guillermo á M. de Chateaubriand.*

Berlin 16 octubre 1825.

Señor vizconde de Chateaubriand, he recibido la noticia que habeis tenido á bien comunicarme acerca de la libertad de España, y me he enterado de ella con un interés proporcionado á la importancia del asunto y á la impaciencia con que la estaba esperando. Tengo tanto mas placer en daros las gracias, cuanto que sé muy bien que la victoria decisiva, el sistema revolucionario que la Europa debe á los esfuerzos de Su Magestad Cristianísima, es tambien el triunfo de vuestros principios, así como ha sido el objeto principal de vuestras atenciones. El aprecio que desde mucho tiempo os habeis adquirido por mi parte, acaba

de justificarse mas y mas con este suceso. Ruego á Dios, señor vizconde de Chateaubriand que os tenga en su santa y digna guarda,

FEDERICO GUILLERMO.

*El emperador Francisco á M. de Chateaubriand.*

Przemisl (en Galitzia), 18 octubre 1825.

Señor vizconde, con la mas viva satisfacción he visto por vuestra carta del 8 de este mes la feliz emancipación de S. M. C. y su familia. La Providencia, bendiciendo los esfuerzos de Su Magestad Cristianísima, los del príncipe generalísimo y los del valiente ejército que manda, acaba de asegurar el triunfo de la mas justa y santa de las causas. Participo sinceramente de la satisfacción personal que debe lisonjear al rey. Al daros gracias de vuestra atención me es grato poder con este motivo aseguraros, señor vizconde, de toda la extensión de mi aprecio.

Vuestro afecto,

FRANCISCO.

*M. de Bernstorff á M. de Chateaubriand.*

Berlin 18 octubre 1825.

Señor vizconde:

No alcanzo á dar con la vehemencia que quisiera, gracias á V. E. por lo bien que ha comprendido que comunicándome de su mano la tan impacientemente deseada noticia de la libertad del rey de España, habia de realzar en cierto modo su valor. ¡Fernando VII libre! ¡Qué de consecuencias brotan de esas solas tres palabras! Hé aquí, pues, justificado el congreso de Verona, una nueva gloria inmortal adquirida por la Francia, el triunfo del sistema monárquico asegurado y el ministerio de V. E. rodeado de un esplendor que corresponde perfectamente al que V. E. le habia comunicado con la celebridad de su nombre: este último interés es tambien europeo.

Nada mas inalterable que la alta consideración y el sincero afecto que profesa á V. E., señor vizconde, su mas humilde y mas sumiso servidor,

BERNSTORFF.

*M. Ancillon á M. de Chateaubriand.*

Berlin 18 octubre 1825.

En medio de las felicitaciones que se dirigen á V. E. de todas partes, tal vez distinguirá una voz que no le fue indiferente y en medio de todos los trabajos y solicitudes que le asedian, me perdonará se la dirija; pues seguramente no es V. E. de los que olvidan á los que tuvieron la fortuna de inspirarle algun interés, del cual conservaran mientras vivan un dulce y grato recuerdo.

Si me fuera posible separar por un momento vuestra dicha de la de la Francia, que espera de vuestras manos *pacem cum dignitate*, no os felicitaría de la elevación en que os hallais. En este siglo entre las convulsiones finales de una revolución, que al espirar parece venir á nueva vida los hombres que se consanguinan en los altos puestos son, cual mas, cual menos, víctimas generosas que se sacrifican por su patria. Vos, particularmente, señor vizconde, que tanto habeis hecho ya por vuestra gloria y que nunca creéis haber hecho lo bastante por el deber; vos que estais demasiado elevado para descender á la ambición, haceis á vuestro rey y á vuestra patria el mayor de los sacrificios. Cuenta la Europa con vos, señor vizconde,

como con uno de aquellos pocos pilotos hábiles que le quedan todavía para impedir que vuelva á estrellarse en los mismos escollos, y para conjurar la tormenta; no saldrán defraudadas sus esperanzas. El aislamiento y las medidas poco enérgicas han causado ya una vez la perdición del mundo civilizado; no hay salvación para las potencias mas que en la identidad de objeto, en la armonía de medios y en la fuerza de la moderación, ó lo que viene á ser lo mismo en la fuerza de la justicia y la razón. Con principios tan puros, afectos tan nobles y miras tan vastas como las vuestras, nunca sacrificaréis el porvenir á las contrariedades del momento, y demostrareis al mundo que el arte de obrar bien, está por medio de afinidades secretas enlazado con el arte de pensar y hablar bien, y que la energía de carácter saca su fuego y su vigor de las sublimes concepciones del espíritu de quien recibe tambien su dirección.

El rey que aprecia á V. E. en razón de lo que le conoce, la corte y la ciudad en la que tan poco tiempo necesitáseis para arraigaros en todos los corazones, se alegran de vuestros triunfos. Por lo que á mí toca (si es lícito nombrarme) que nunca perderé la antigua costumbre de admiraros y amaros, deseo que consigais la mayor de las dificultades que es la de daros por satisfecho de vos mismo.

Dignaos aceptar, etc.,

ANCILLON.

*M. de Meternich á M. de Chateaubriand.*

Lemberg 20 octubre 1825.

Señor vizconde:

El correo de V. E. me entregó el 18 por la mañana la carta que me dispensó el honor de escribir el 8 del mismo, y la que venia adjunta para el emperador, mi augusto dueño, llegó aquí cuando S. M. acababa de partir para volver á su capital. No pudiendo dudar de la viva satisfacción con que el emperador sabria la feliz emancipación del rey Fernando y su familia, consideré como un deber el remitir en el acto vuestra carta por medio de un correo y ahora que acabo de recibir la respuesta de S. M. tampoco pierdo un instante para transmitirla. Os pido, señor vizconde, permiso para unir mis felicitaciones las mas sinceras por un suceso tan glorioso á las armas del rey, como satisfactorio para su corazón é importante al reposo de Europa. La coincidencia de haber adquirido libertad el rey de España con el anonadamiento de las numerosas y graves complicaciones que desde hace tres años venian amenazando turbar la tranquilidad de Europa en el Oriente, es una de las felices coyunturas que la Providencia parece haber milagrosamente ofrecido para imponer término á los males que desde hace treinta años está la Europa sufriendo, y para asegurar el triunfo de los eternos principios del bien sobre el genio del mal. Este triunfo será en parte obra vuestra, señor vizconde, y yo participo sinceramente de la satisfacción que os debe causar.

Dignaos aceptar, etc.,

METERNICH.

Vizconde de Chateaubriand.

Yo, don Juan, por la gracia de Dios, soberano del reino unido de Portugal, Brasil y Algarve, del lado de acá y de allá del mar de Africa, señor de Guinea, y de la conquista, navegación y comercio de Etiopia, Arabia, Persia, India, etc.

Os saludo:

Tomando en consideración vuestras distinguidas

cu alidades, agradables méritos y servicios á mi augusto hermano y aliado el rey de Francia, que os ha confiado la dirección de los asuntos de su reino, y deseando daros por mi parte un testimonio auténtico de lo mucho que aprecio vuestros servicios, que como ministro de Estado acabais de hacer á la causa de Su Magestad Católica y su reino, he creído conveniente elevaros á la dignidad de Gran Cruz de mi real Orden de Nuestro Señor Jesucristo. Y á fin de que os deis por entendido, y podais usar las insignias que os envío y que como tal Gran Cruz os pertenecen, expido esta carta y deseo que Dios os mantenga bajo su santa protección.

Dada en nuestro palacio de Bemposta el 13 de noviembre del 1823.

EL REY.

Refrendada

JOAQUIN PEDRO GOMEZ DE OLIVEIRA.

San Petersburgo 24 noviembre 1825.

En el curso de los graves sucesos que desde el año último vienen llamando la atención de Europa, he tenido mas de una vez ocasion de aplaudir vuestros talentos y principios. El éxito mas feliz ha coronado la noble perseverancia con que habeis sostenido la causa del orden, y todos los que con vos participan del deseo de ver su triunfo, os deben testimonio de su aprecio. Bajo este concepto os ruego, señor vizconde, acepteis las adjuntas condecoraciones del Orden de San Andrés, considerándolas como la mejor prueba de los sentimientos que os profesa

ALEJANDRO.

Berlin 24 noviembre 1825.

Señor vizconde de Chateaubriand: conocéis el aprecio que desde hace mucho tiempo os profeso. Tengo un verdadero placer en daros hoy una nueva prueba recibiendoos en mi Orden del Aguila Negra. Por lo demás me complace en pensar que no necesitábais de esta nueva demostración para estar convencido de que he apreciado y comprendido los señalados servicios que por vuestra ilustrada cooperación habeis hecho á Europa, con motivo de la pacificación de España. Ruego á Dios, señor vizconde, os conserve en su santa y digna guarda,

FEDERICO GUILLERMO.

Palacio de Madrid 31 enero 1824.

Mi muy querido y muy amado buen primo: á fin de efectuar la elección que he hecho de vuestra persona para asociaros á la amistosa compañía de mi muy noble y muy antigua Orden del Toison de Oro, he mandado dirigir mis cédulas de procuración, en virtud de las cuales he requerido á mi buen amado hermano y primo S. A. R. el conde de Artois á que os reciba en mi nombre en la dicha Orden y os entregue el collar con las ceremonias acostumbradas; de todo lo que sobre este particular os dirá de mi parte, hareis el mismo caso que si fuese dicho y declarado por mi propia persona. Ruego á Dios, mi buen primo os tenga en su buena, santa y digna guarda.

Vuestro buen primo

FERNANDO.

SANTIAGO DE LA CUADRA, grefier.

*El rey Carlos Feliz á M. de Chateaubriand.*

Turin 14 febrero 1824.

Señor vizconde de Chateaubriand, el placer que

tuve al veros en el congreso de Verona, debió daros á conocer cuán distinguidos eran los sentimientos que me inspirásteis por la noble adhesion á la sagrada causa del altar y del trono. Distéis nuevo pábulo á esos mismos sentimientos, ya sea por los principios que profesásteis en quella reunion solemne, ya sea por el brillo con que aquella adhesion y talentos han aparecido en esa época no menos importante y difícil

que gloriosa para la Francia y para su rey. Mi augusto y bien amado hermano político, ha querido últimamente reiteraros altos testimonios de su satisfaccion, y á mí me cabe la mas viva al daros la mas elevada demostracion de mi aprecio, nombrándoos caballero de mi suprema Orden de la Anunciada, cuyas condecoraciones os seran entregadas por mi primo, el conde de La Tour. Tambien considero como muy agra-



FERNANDO VII.

dable el tener con ese motivo ocasion de expresaros directamente los deseos que me inspirais y ruego á Dios que os tenga, primo mio, en su santa guarda.

CARLOS FELIZ.

DE LA TOUR.

M. De La Tour á M. de Chateaubriand.

Turin 15 febrero 1824.

Señor vizconde:

Tengo el honor de dirigir á V. E. adjuntas una carta del rey y las condecoraciones de su órden suprema de la Anunciada que S. M. me encarga trasmitiros.

Al nombraros caballero de esa ilustre Orden, el rey

ha querido daros la mas alta demostracion pública de su aprecio, y manifestaros tambien públicamente, que sobre todo en circunstancias tan graves como las del año último, en que tanta sabiduría y talentos han distinguido vuestro ministerio, no debe la satisfaccion del rey cristianísimo, su muy amado hermano político, confundirse con la suya.

Conociendo V. E. los sentimientos que le he sinceramente profesado, particularmente desde que tuve el honor de verlo en Verona, y el recuerdo lleno de gratitud que conservaré siempre de los que desde entonces se ha servido manifestarme, será fácil que V. E. comprenda lo muy grato que me será cumplir en esta ocasion con uno de los mas dulces deberes

que mi augusto soberano ha podido imponerme.

Al suplicaros, señor vizconde, os dignéis aceptar mis mas solícitos cumplimientos y al felicitar me vivamente de poder contar con una relacion mas, y tan particular sobre las que habia tenido ya la dicha de contraer con V. E. le ofrezco nuevas seguridades de la muy distinguida consideracion con que me cabe el honor de ser

Señor Vizconde  
de Vuestra Excelencia  
el muy humilde y muy respetuoso servidor  
DE LA TOUR.

VI.

Mi caída.—Los Cordones.

No habríamos hablado de los cordones si ese asunto no hubiera producido una tempestad que estuvo á punto de derribarnos y de terminar súbitamente la expedicion de España. Esos cordones hicieron nacer envidias, y sin embargo M. de Villele era muy superior á esas intrigas de la córte.

La Rusia mandó entregar el cordon de San Andrés á M. de Montmorency, así como encargó á su em-



EL PRÍNCIPE JULIO DE POLIGNAC.

bajador que nos diera el nuestro personalmente. Luis XVIII consideró que esa distincion de un gabinete extranjero era como un desaire hecho á su persona. El rey manifestó querer hacer ostensible su satisfaccion por el buen resultado de la guerra, creando á M. de Villele caballero de las órdenes. M. de Villele tenia todo derecho á esa distincion, pero lo que el rey se prometia era lastimar mi amor propio; mal me conocia S. M. Tanto caso hacíamos de un cordon como de una cinta: no nos medimos á varas como una banda de seda, pero somos sensibles á la injuria cuando viene de lo alto. Solo por nosotros acababa de restablecerse la paz en Europa. El despacho de S. M. nos llenó de admiracion; parecia ir aumentándose en razon directa de nuestros servicios. Luis XVIII y su hermano no nos conocian bien. Este último al hablar de nuestra persona solia decir: *Buen corazon y cabeza caliente*. Esta vulgaridad de los hombres que no son capaces de conocer á los hombres, era inexacta: nuestra cabeza es muy fria y nuestro corazon jamás ha latido lo bastante por los reyes.

Despreciamos demasiado los empleos para empeñarnos en conservarlos á expensas de una afrenta,

aun cuando esta venga del mismo trono. La hija de Luis XVI se felicitaba de tener negra la dentadura porque eso demostraba su descendencia de la sangre de los Borbones; nosotros nos hubiéramos alegrado muy poco de estar tan de cerca unido á la corona; no nos agradaba representar en el consejo el papel de un maniquí. La terminacion de nuestra empresa nos habia animado á permanecer en nuestro puesto; olvidamos repentinamente el poderoso motivo de nuestra presencia en el ministerio, y tratamos de separarnos porque pretendian humillarnos: tal es nuestro carácter.

Esa zona azul cuya ausencia se habria reparado en nuestro pecho, hubiera demostrado que S. M. se hallaba poco satisfecho de nuestra persona, y que los demás reyes se habian engañado al conferirnos sus mas distinguidas órdenes.

Ocho dias despues de nuestra declaracion el rey nos concedió el cordon azul. Compasion causan tales mezquindades en la época que los tronos se estan derrumbando, y sin embargo esas mezquindades dieron continuacion al disfavor que el buen éxito de nuestra empresa habia anunciado, y nos hacian retroceder jun-